

XIII

«Rogad por el alma del muy alto y poderoso señor y duque Carlos Enrique Francisco Padovani, príncipe de Olmutz, ex senador, ex embajador, ex ministro, gran cruz de la Legion de Honor, fallecido el 20 del corriente mes de Septiembre de 1880 en sus tierras de Barbicaglia, donde yacen sus restos. Una misa solemne en sufragio de su alma se dirá el próximo domingo en la capilla del castillo, y se os invita á todos á asistir á ella.»

Pablo Astier, que bajaba de su cuarto para almorzar, sintió un gran impulso de alegría y de orgullo inmenso al oír aquel singular pregón, proclamado de Mousseaux á Onzain en las dos orillas del Loira, por empleados de la Funeraria-Vafflard, que llevaban pesadas cam-

panillas, que sacudían al andar, y sombreros altos, adornados de gasas negras que llegaban al suelo.

La noticia de la muerte del Duque, que llevaba ya cuatro días de fecha, había caído en Mousseaux como un escopetazo en medio de una banda de perdices, dispersando por las playas y por los castillos vecinos á todos los invitados de la segunda serie, ya que la Duquesa se había visto obligada á salir precipitadamente para Córcega: sólo quedaron en el castillo algunos íntimos.

A pesar de la melancolía de aquellos pregones, el son de las campanas que movía el viento del Loira por las ventanas de la escalera, y aquella esquila de defunción declamada de una manera regia tan poco moderna, daban al feudo de Mousseaux un sorprendente carácter de grandeza y hacía subir más altas sus cuatro torres y las cimas de sus árboles centenarios.

Y como todo esto iba á ser de Pablo, y su querida, al marcharse, le había rogado que se quedase en el castillo para las graves determinaciones que á la vuelta habían de tomar, aque-

lla fúnebre declamación le parecía un anuncio de su próxima toma de posesión.

«¡Rogad por el reposo de su alma!» Al fin era suya la fortuna, y ahora no se dejaría despojar; «ex senador, ex embajador y ex ministro...»

—Son lúgubres estas campanas, ¿no es verdad, Sr. Astier? le preguntó la señorita Moser, que ya estaba en la mesa entre su padre y el académico Laniboire.

La Duquesa les había dejado en Mousseaux, tanto para distraer la soledad de Pablo Astier como para dar un poco más de reposo y aire puro á la pobre Antígona, esclavizada por la candidatura perpetua de su padre. Por lo menos, de ella nada tenía que temer, como rivalidad femenina, dados sus ojos de perro apaleado, sus cabellos incoloros y la única preocupación suplicante y como humillada del inaccesible sillón académico.

Aquella mañana, sin embargo, se había puesto bella, más cuidada, con un traje nuevo escotado en forma de corazón; lo que este corazón dejaba ver era bien poca cosa; pero, en fin, á falta de pan... Y Laniboire, puesto

de buen humor, bromeaba y le decía cosas.

Las campanadas fúnebres y los «Rogad por su alma» que se espaciaban á lo lejos, no le parecían muy lúgubres; al contrario, por contraste, la vida le parecía mejor y el vino de Vouvray más dorado en las botellas; sus historietas verdes parecía que desentonaban en aquel comedor demasiado grande. El candidato Moser, con su cara cocida y su expresión complaciente, reía con risa de adulator, aunque se sintiera un poco molesto por la niña; pero el filósofo era una influencia en la Academia.

Después de tomar el café en la terraza, Laniboire, con la cara encendida, gritó:

—Vamos á trabajar, señorita Moser; me siento con disposición, y creo que voy á acabar mi dictamen hoy mismo.

La pobre y dulce muchacha, que á veces le servía de secretario, se levantó con algo de pena. En aquel tiempo hermoso, velado por las primeras brumas del otoño, hubiera preferido un gran paseo, ó quizá proseguir en la galería la conversación con Pablo, tan guapo mozo y bien educado, mejor que escribir lo que le dictase Laniboire elogiando los méritos de los cria-

dos afectos á sus señores, ó de los enfermeros modelo. Pero su padre la empujaba:

—Anda, anda, hija mía: el maestro te reclama.

La pobre obedeció, y subió detrás del filósofo, seguida de su padre, que iba á dormir la siesta.

¿Qué sucedió entonces? ¿De qué drama fué testigo el cuarto de Laniboire, que tenía la nariz de Pascal, pero no su reserva?

Volviendo de un largo paseo á través de los bosques, para apaciguar sus ambiciosas impacencias, vió Pablo Astier en el patio de honor el *break* al pie de la gran escalera, con sus dos caballos. La señorita Moser había ya subido al coche y estaba sentada entre sacos de noche y maletas, mientras que el viejo Moser, en el vestíbulo, se registraba los bolsillos, distribuyendo propinas entre dos ó tres lacayos de cara bur-lona.

Se acercó al *break*:

—¿Nos deja usted ya, señorita?

Ésta le tendió la mano, una mano larga, helada de sudor, sin guante, sin contestar, y sin

quitar de los ojos el pañuelo, movió la cabeza para decirle sollozando: ¡adiós!

No supo mucho más por el padre, que balbuceaba en voz baja, triste y furioso, subiendo al coche:

—Es ella, ella es la que quiere marcharse: dice que se le ha faltado; pero no puedo creer...

Y con un gran suspiro, marcándosele mucho su gruesa arruga en mitad de la frente, la arruga académica, profunda y roja como un sablazo, añadió:

—¡Es una gran desgracia para mi elección!

A la comida, Laniboire, que había pasado toda la tarde en su cuarto, le dijo al sentarse enfrente de él:

—¿Usted sabe por qué nuestro amigo Moser nos ha dejado tan bruscamente?

—No, caro maestro: ¿y usted?

—Es extraño, muy extraño...

Afectaba mucha calma ante la servidumbre, informada ya de la aventura; pero se veía que estaba más turbado y ansioso, en el estado de espíritu del galopín que, desaparecida la fiebre, sólo siente las consecuencias de su acción.

Poco á poco se fué tranquilizando, se reconcilió con la existencia que en la mesa no sabía cómo condenar, y acabó por confesar á su joven amigo que quizá había ido demasiado lejos para con la pobre muchacha.

—¡Pero también su padre, empujándola, poniéndola en mi camino! Se puede ser ponente de los premios á la virtud y... ¡qué demonio!

Y levantó la copa con un gesto de conquistador, que Pablo contuvo con una sola palabra:

—¿Y la Duquesa? La señorita Moser le habrá escrito quejándose, ó á lo menos explicando su salida...

—¿Usted cree?... dijo Laniboire palideciendo.

Pablo insistió, para librarse del pesado:

—Si no ella, habrá que temer la declaración de algún criado. En el lugar de usted, caro maestro...

—¡Bah! No haga usted caso. Total, una escena que precipitará los acontecimientos... Las mujeres son como nosotros. Estas historias las encienden.

Hacia el valiente; pero la víspera de la vuelta de la Duquesa pretextó la proximidad de las

elecciones en la Academia, la humedad de las noches, muy mala para su reuma, y huyó llevándose en la maleta, terminado del todo, su informe sobre los premios á la virtud.

Llegó la Duquesa para la misa del domingo, celebrada con gran pompa en la capilla, estilo Renacimiento, á la cual el arte múltiple de Vedrine había devuelto sus admirables vidrieras pintadas, y el retablo del altar maravillosamente esculpido.

Multitud enorme de los pueblos de las cercanías, vestida con ridículos levitones, largas blusas azules barnizadas, cofias blancas, pañuelos recién planchados sobre caras tomadas por el sol, llenaba la capilla y se desbordaba por el patio de honor, acudiendo, no por la ceremonia religiosa ni por el viejo Duque, que en aquel país era totalmente desconocido, sino por el banquete al aire libre que había después de la misa, en las largas mesas puestas á los dos lados de la interminable avenida señorial, junto á las que, después de los funerales, pudieron sentarse cómodamente de dos á tres mil compañeros. Al principio un poco violentos, im-

presionados por toda la servidumbre enlutada que se movía y guardas campestres con lazo negro en la gorra, hablaban en voz baja á la sombra majestuosa de los olmos; pero luego, calentados por el vino y las viandas, la comida fúnebre se animó y pareció una inmensa romería.

Huyendo del horror de aquel banquete, la Duquesa y Pablo Astier se escaparon por los caminos y los campos, desiertos por ser domingo, en un landó abierto y enlutado, que iba al trote. Los altos lacayos con sus escarapelas, el largo velo de viuda que veía enfrente de él, recordaban al joven otros paseos.

Y pensaba:

—Decididamente, en todas mis cosas hay siempre un muerto.

Quizás echaba de menos la cara juvenil de Colita de Rosen, que tan radiante contraste hacía con todo lo negro.

Fatigada por el viaje, disfrazada y como engruesada por su luto improvisado, la Duquesa tenía á su favor las aristocráticas maneras, de que la otra en absoluto carecía. Además, su muerto no era molesto, y la Duquesa era de-

masiado franca para fingir las tristezas que las mujeres vulgares en tales casos fingen, hasta cuando el difunto ha sido odiado y engañado de mil maneras.

Entre las sonoras pisadas de los caballos, el camino se deslizaba, subía, bajaba en suaves pendientes, unas veces entre bosquecillos de encinas, otras por grandes llanuras surcadas de bandadas de pájaros que revoloteaban alrededor de las casas esparcidas aquí y allá.

El cielo dulce, lluvioso, bajo, filtraba por escasas aberturas un sol pálido; y para abrigarse contra el viento de la carrera, una misma manta abrigaba sus rodillas juntas bajo las pieles, mientras la Duquesa hablaba de su Córcega, de un maravilloso *vocero*, ó canto fúnebre, improvisado en los funerales por su doncella.

—¿Matea?

—Sí, Matea. Es una gran poetisa...

Y citó algunos versos en el dialecto corso, que tan bien sentaba á su voz de contralto. Pero de las graves determinaciones, ni una palabra.

Sin embargo, esto era para él mucho más in-

teresante que las poesías de la doncella. Sin duda lo dejaría para luego.

Y en voz baja la hizo reír con la aventura de Laniboire y la hábil manera que tuvo de desembarazarse del académico.

—¡Pobre chical dijo la Duquesa. Esta vez es necesario elegir á su padre. La muchacha se lo ha ganado.

Luego no tuvieron más que algunas palabras, voluptuosamente aproximados por el trote mecedor del landó, mientras que la noche dejaba caer su sombra sobre los campos, dejando ver, hacia los altos hornos, nubes de llamas intermitentes, á manera de relámpagos lejanos.

La vuelta, por desgracia, fué molesta, por los gritos y los cantos avinados de las bandas campesinas que volvían de la romería, metiéndose bajo las ruedas como rebaños, y resbalando por los fosos de los lados, de donde salían ronquidos, ruidos inmundos; su especial manera de rogar por el reposo del alma del muy alto y poderoso señor y Duque.

Luego, en su acostumbrado paseo por la galería apoyándose en su espalda, entre las grue-

sas columnas que cortaban el vago horizonte, la Duquesa miraba á lo lejos en la noche, murmurando:

—¡Qué bien estamos! ¡Los dos! ¡Y solos!...

Pero no hablaba una palabra de lo que Pablo esperaba, por lo cual éste trataba de llevarla á ello, y muy cerca de ella, al oído, hablaba del invierno.

¿Volver ella á París? ¡Oh, no! De ningún modo. París le daba asco, con su sociedad mentirosa, llena de máscaras y de traiciones. Pero vacilaba entre encerrarse en Mousseaux ó partir para hacer un gran viaje á Siria y á Palestina. ¿Qué le parecía?

Seguramente eran éstas las graves resoluciones que habían de tomar juntos, un pretexto para retenerle, por el miedo que ella sentía á que, de vuelta en París, otras mujeres se le robaran.

Pablo, viéndose burlado y mordiéndose los labios, se decía:

—Nada de esto, amiga mía. O si no, ya verás.

Cansada del viaje y del día pasado en el campo, subió á su cuarto, después de un significa-

tivo apretón de manos, al cual respondía ordinariamente un furtivo y tierno: ¡Hasta luego! Es decir, volverse á ver, estar Pablo detrás de la puerta espionando sus pasos y ¡qué desquite! toda una noche de embriaguez en aquel: «¡hasta luego!»

Pero Pablo aquel día no lo dijo, y á pesar de su sorpresa, la Duquesa, al dormirse, vió en esta reserva una especie de respeto por su duelo reciente, y la capilla todavía tapizada de negro; algo muy distinguido.

Al día siguiente se vieron poco: la Duquesa, dedicada á los negocios, estuvo viendo las cuentas de su mayordomo y de sus arrendatarios, con gran admiración del notario, el señor Gobineau, que en el almuerzo decía á Pablo con su cara arrugada y maliciosa:

—Ahí tiene usted una á quien nadie se la pegará.

—¡Quién sabe! pensaba el joven cazador en acecho, retorciendo su barba rubia, á pesar de que la aspereza y la sangre fría que su bella contralto enamorada consagraba á las cuestiones de amor, le daban á entender que había que jugar fuerte.

Después del almuerzo, llegaron grandes cajas con el primer traje enlutado de Spricht, y dos oficialas para la prueba. Al fin, á las cuatro bajó vestida con un asombroso traje, que la hacía más delgada y más joven: le propuso un paseo á pie por el parque.

Andaban los dos juntos, con el mismo paso vivo, bajando por los paseos y evitando el encuentro de los jardineros que tres veces al día barrían las hojas otoñales; pero por más que hicieran éstos, una hora después los caminos se cubrían de nuevo del tapiz oriental de tintas ricas, púrpura, verde y morado, donde crujía el paso de los dos enamorados bajo los rayos oblicuos de un sol muy dulce.

Ella, hablaba del marido que tanto le había hecho sufrir en su juventud, y poniendo especial empeño en hacerle comprender que el luto que llevaba era mundano, de conveniencia, y que no le llegaba al corazón. Pablo comprendió perfectamente y sonrió, decidido á seguir su táctica de frialdad.

Llegados á lo más bajo del parque, se sentaron junto á un pabellón cubierto de enredaderas, que abrigaban las banderas de la pequeña

flotilla; desde allí veían las ramas doradas á trechos que dejaba ver el castillo que, con casi todas sus ventanas cerradas y sus terrazas desiertas, ostentando orgullosamente sus linternas y sus torres, parecía como agrandado y vuelto otra vez á la historia.

—¡Qué lástima tener que dejar todo esto! dijo Pablo con un suspiro.

La Duquesa le miró sorprendida, con la frente tempestuosa y contraída. ¡Marcharse! ¡Quería marcharse! ¿Para qué?

—La vida... es preciso.

—¡Separarnos! ¿Y yo? ¿Y el gran viaje que pensaba que hiciéramos?

—Te dejaba decir. ¡Un pobre artista como yo no puede pagarse el lujo de un viaje á Palestina! Todo esto son sueños irrealizables. Se piensa, como Vedrine, en una piragua sobre el Nilo, y se despierta uno sobre un lanchón en el Loira.

Encogió la Duquesa sus hombros de patricia.

—Vamos, Pablo: ¡qué niñería! ¿Todo lo mío no es tuyo?

—¿Con qué título?

Al punto dijo; pero la Duquesa no comprendía dónde iba á parar. Pablo, temiendo ir demasiado lejos, añadió:

—Sí. ¿Con qué título viajaré yo contigo ante los estrechos juicios de las gentes?

—Bueno; pues quedémonos en Mousseaux. Pablo se inclinó con tranquila sonrisa.

—Tu arquitecto nada tiene que hacer aquí.

—¡Bah! Le hallaremos trabajo, aunque esta misma noche tenga que pegar fuego al castillo.

La pobre enamorada decía esto con su risa aparente, acercándosele, cogiéndole las manos y acariciándose con ellas la cara; locuras mil: pero nada de lo que Pablo esperaba y de lo que trataba de hacerla decir. Añadió con violencia:

—Si me amas, María Antonia, déjame marchar; tengo que trabajar para mí y para los míos. Jamás me perdonarían que lo aceptase de una mujer que no es mi esposa, ni lo será nunca.

La infeliz comprendió, cerró los ojos como ante un abismo, y en el gran silencio que siguió se oyeron las hojas que á un soplo de la

brisa caían por toda la extensión del parque, unas cargadas de savia todavía, otras secas, impalpables, con roce de trajes, y alrededor del pabellón se hubiera dicho que se oían pasos, el pisoteo de una multitud silenciosa que andaba. Se levantó temblando:

—Hace frío; volvamos.

Había tomado su resolución: se moriría, sí, pero el mundo no vería el rebajamiento de la duquesa Padovani casándose con su arquitecto, y transformada en la señora Astier.

Por la noche Pablo se ocupó sin afectación en los preparativos de marcha; dió órdenes para que llevaran sus maletas, dió buenas propinas á la servidumbre, se informó de las horas de los trenes, siempre dueño de sí mismo, hablador, sin lograr romper el silencio de la Duquesa, que se absorbió en la lectura de una Revista cuyas hojas no volvía.

Tan sólo cuando se despidió y le dió gracias por su buena y larga hospitalidad, vió, al reflejo de la gran pantalla de encaje, la angustia pintada en aquella cara orgullosa y la gracia suplicante de aquellos hermosos ojos de fiera moribunda.

En su habitación, Pablo se cercioró de que el cerrojo del cuarto de fumar estaba corrido, apagó las luces y esperó inmóvil, sentado junto á la puerta: si la Duquesa no venía, es que se había engañado, y había que empezar de nuevo.

Pero se oyó un ligero ruido, la seda del peinador rozando por las paredes del corredor secreto; la sorpresa de hallar la puerta cerrada, y un golpecito, ó, mejor, el roce de una uña en la puerta. Se quedó quieto, resistió hasta una tos á manera de seña, y la sintió marcharse con paso nervioso.

—Ahora, pensó Pablo, ya es mía. Hará lo que yo quiera.

Y se durmió tranquilamente.

«¡Si yo me llamase el príncipe de Athis, hubiera usted sido mi mujer al acabar el luto! Y sin embargo, el Príncipe no le amaba á usted, y Pablo Astier le ama, y orgulloso con este amor, hubiese querido proclamarlo ante todo el mundo, en vez de ocultarlo como una cosa vergonzosa. ¡Ah, Mari' Anto, Mari' Anto! ¡Qué hermoso sueño ha sido el mío! ¡Adiós para siempre!»

La Duquesa leyó esta carta con los ojos apenados abiertos y enrojecidos por las lágrimas vertidas durante la noche:

—¿Se ha marchado el Sr. Astier?

Precisamente la doncella, que se inclinaba para asegurar las persianas, vió el coche que se llevaba al señorito Pablo, al extremo de la avenida, demasiado lejos ya para que pudiera oír,

La Duquesa salió de la cama y corrió al reloj. —¡Las nueve!—El expreso pasaba por Onzain á las diez.

—¡Pronto, un correo... Bertoli! ¡Y el mejor caballo!

Corriendo á campo traviesa se llegaría á la estación antes que el coche.

Y mientras sus órdenes se cumplían á toda prisa, de pie, casi desnuda, escribió:

«Vuelve. Todo será según tu deseo.»

Pero no: ¡esto era demasiado frío! No volvería. Rompió el papel, y escribió:

«Tu mujer ó tu querida, lo que quieras; pero tuya, tuya.»

Y firmó: «Duquesa Padovani.»

De pronto, loca ante la idea de que quizá no volvería:

—Iré yo misma. ¡Mi amazona, pronto!

Y por la ventana dió á Bertoli, cuyo caballo piafaba ante la escalera de honor, la orden de ensillar para ella á *mademoiselle Oger*.

Hacía cinco años que no subía á caballo; el traje se reventaba, saltaban los broches.

—Deja, Matea, deja.

Bajó la escalera, al brazo la cola, entre los lacayos asombrados, y se lanzó á galope por la avenida... la verja... la carretera. Al fin...

Ya está en el bosque, entre la frescura de los verdes caminos, en los que su carrera desenfrenada despierta vuelos de aves y saltos de liebres.

Le quiere, le necesita; el hombre, el amante, el que sabe hacerla morir para luego renacer...

Ahora conoce el amor, y ve que no hay otra cosa en el mundo.

Inclinada, escucha si viene el tren. ¡Con tal de que llegue á tiempo!

¡Pobre loca! Aunque fuese al paso, daría con él, con el guapo mozo fugitivo.

Es su destino, al cual no se escapa jamás.